

BIBLIOGRAFIA

ANAIS DE ARZILA, crónica inédita do século XVI, por BERNARDO RODRÍGUEZ, publicada por ordem da Academia das Sciencias de Lisboa e sob a direcção de DAVID LOPES, sócio efectivo da mesma Academia. Tomo I (1508-1525), tomo II (1525-1535) y Suplemento (1536-1550). Coimbra. Imprensa da Universidade, 1915 a 1919, Tomo I, LII + 498 páginas; tomo II, xx + 564 páginas en folio.

HISTORIA DE ARZILA, durante o dominio português (1471-1550 e 1577-1589), por DAVID LOPES, sócio efectivo da Academia. Coimbra. Imprensa da Universidade, 1925. LX + 492 páginas en 4.º

Commemorar los hechos que más honran y enaltecen a un pueblo o nación, los más significativos de su historia, no sólo es cosa digna y laudable, sino también conveniente para mantener y avivar los sentimientos patrióticos y aun estimular las virtudes individuales y sociales; pero prodigar inconsideradamente fiestas y centenarios, como ridículas francachelas, no sirve sino para excitar sentimientos vanos y fomentar la estolidez.

A ésta conduce el abuso, ya demasiado extendido en nuestros días, de las fiestas y centenarios, para conmemorar los más insignificantes hechos históricos y de los homenajes de toda laya, con estatuas, cipos, rótulos de calle, banquetes, etc., a cualesquiera personajes presentes, pasados y... aun futuros.

Para no salirse de términos prudenciales y juiciosos, tales conmemoraciones y fiestas, no sólo deben reservarse para los

acontecimientos que lo merezcan, sino que deben realizarse en forma que tenga verdadera eficacia educativa.

El caso de que tratamos ahora es uno de los más laudables.

La Comisión de los centenarios de Ceuta y Alburquerque, nombrada por la Academia de Ciencias de Lisboa, ha querido celebrar el de uno de los hechos más brillantes y heroicos del pueblo portugués, 5.º Centenario de la toma de Ceuta, y lo lleva a cabo en la forma más discreta: patrocinando la edición de textos históricos algo relacionados con los hechos que trata de celebrar y encomendando el trabajo a persona perita, que cumplidamente ha de desempeñar el cometido. David Lopes es el arabista de más reconocido mérito, al presente, en Portugal; el más culto, el más docto, con la preparación científica más adecuada para estudios de esta índole. Se trata de la historia de Arcila bajo el dominio portugués.

Para llevarla a efecto, se hacía indispensable publicar una de las narraciones históricas más vivas y personales que quedan de los sucesos: los *Anales de Arcila*, de Bernardo Rodríguez.

Este Rodríguez fué hijo de un médico que había asistido personalmente a la toma de Arcila en 1471; allí nació y vivió durante treinta años, y estuvo además en Azemur y en Fez. Luego escribió relación minuciosa de los acontecimientos de toda clase ocurridos en aquel lapso de tiempo en Arcila. De muchos de los sucesos fué testigo presencial; otros nos los refiere según informaciones recibidas de varias personas, testigos presenciales, a quienes trató.

En el año 1549, se fué de Arcila y comenzó a escribir en 1560, con propósito de relatar todo lo que en ella había ocurrido hasta el abandono de la misma en 1549.

Es cronista de escasa instrucción literaria, más militar que literato; pero poseía bastante imaginación y talento descriptivo, con lo que supo hacer una narración viva de los acontecimientos.

De su obra quedan algunos ejemplares manuscritos, que David Lopes describe y estudia con minuciosidad y cuidado, atendiendo a todos sus caracteres internos y externos, gráficos, filológicos, etc.

Los *Anales* se componen de cuatro libros: 1.º "Capitanía de

D. Vasco Coutinho" (1508 a 1514); 2.º "Capitanía de D. Juan Coutinho" (1514 a 1525); 3.º "Capitanía de Antonio da Silveira" (1525 a 1529), y 4.º "Segunda Capitanía de D. Juan Coutinho (1529 a 1535).

Estos anales estaban realmente inéditos, pues aunque habían sido aprovechados por historiadores como Damián de Goes y Luis de Souza, y por literatos como Lopes de Mendoza (el cual buscó en los *Anales de Arcila* materia para componer novelitas o cuentos en forma más bella y rica que Rodríguez), no se habían utilizado más que parcial y fragmentariamente.

A esta grande obra había que agregar otros documentos referentes a estos sucesos o complementarios de la narración, que se conservan en los archivos de Portugal. David Lopes los recoge y los publica como *Suplemento a los Anales*. Estos terminan en 1535; las cartas y documentos que completan la relación llegan hasta el 1549, en que fué abandonada Arcila, y aun añaden datos del reino de Fez y de las tentativas de los Xerifes de Marruecos y del Sus. En total, forman dos grandes tomos en folio de mil y pico de páginas en junto. A todo esto hay que agregar mapas e ilustraciones fotográficas, bien escogidas, y copiosos y bien ordenados índices.

Preparadas ya en forma estas fuentes especiales, el señor don Daniel Lopes, sirviéndose de ellas y de otras generales, ha trazado la *Historia de Arcila*, durante el dominio portugués.

En el prólogo nos deja vislumbrar el amplio criterio del autor, la culta tolerancia del erudito con los historiadores de imaginación, que suplen la falta de documentos con la visión personal, aguda y perspicaz, con los que se fijan especialmente en el análisis psicológico de los personajes, etc., medios adecuados para comunicar realidad y viveza a la narración histórica, que es obra a la vez de poesía y de crítica, de síntesis y de reconstrucción, mostrando merecido desdén por lo menudo y raquíptico de los que se contentan con la faena rutinaria de picapedrero de la historia. Con esa amplitud de horizonte que percibe en las perspectivas históricas y utilizando su gran erudición filológica, nos ofrece capítulos de interesante lectura acerca de la historia de Arcila. Comienza con el estudio del nombre de la villa; sus

fastos antiguos conforme a noticias de geógrafos e historiadores árabes; las disensiones en el reino de Fez durante el siglo xv; decadencia y desorganización del país, cuya debilidad fué incentivo para las conquistas de los portugueses.

Respecto a la toma de Arcila, nos da una descripción viva, rápida, épica, al propio tiempo que histórica y real.

Trata luego de la organización administrativa y militar de la plaza y, por fin, narra los hechos principales ocurridos en las sucesivas *capitanías*: relación episódica de almogavarrías, aventuras trágicas y cómicas, escaramuzas, hambres, pestes, etc., para lo cual resume los más bellos pasajes de los *Anales* de Bernardo Rodríguez.

David Lopes no se contenta con narrar, sino que procura extraer las enseñanzas que derivan de aquellos sucesos: la experiencia histórica en la vida de las naciones. Se plantea el problema de cuáles fueron los propósitos de los portugueses y cuáles los resultados.

Algunos pensaron que con la conquista de las plazas africanas se podría constituir un nuevo Portugal allende el mar; pero confiesa que no había fuerza ni recursos para tamaña empresa. "Quedábamos en las plazas de Marruecos como a bordo de nuestras naves; peor, porque en las naves se va y se viene, mientras que las plazas de Africa eran pontones inmóviles, anclados, constantemente batidos por olas tempestuosas."

La empresa no era verdaderamente popular, sino es en cierto matiz religioso: por luchar con el infiel.

Si algunos imaginaron, al conquistar a Ceuta, poseer un centro comercial espléndido que absorbiera el comercio de buena parte del continente africano, otros más clarividentes acabaron por cerciorarse de que Ceuta no fué más que un gran sumidero de gente, de armas y dinero, y que constituyó un desierto grave conservar la con tanta pérdida y daño.

Conquistar a Fez era demasiado; conquistar las plazas fronterizas, peor, porque no se podían mantener sin grandes perjuicios y escaso provecho. Posible es que lo único que justificara la empresa fuese el ocupar lugares estratégicos desde los que pudieran evitarse los daños de corsarios y piratas que pulula-

ban entonces: único beneficio que reportó la conquista y mantenimiento de esas plazas portuguesas, como las españolas de Melilla y Vélez de la Gomera, con las cuales se quedó España después de perder Orán, Mazalquivir, Bugía, Trípoli, etc.

David Lopes resume sus principales consideraciones en estas frases: "Para nosotros no fué más que una aventura. Tenían razón los hombres sesudos de Flandes al preguntar al infante don Pedro si el gran desierto de Ceuta continuaba. Ese fué el sensato criterio que debió presidir al abandono de Tánger por los ingleses en el siglo xvii. Nuestra acción sobre el país fué nula o negativa. Provocamos el movimiento religioso de los Xerifes, que nos perdió; nuestro oficio en Marruecos no fué otro que el de provocar en él una reacción. Constituyó un episodio guerrero, a veces brillante, pero sin finalidad para nosotros ni para Marruecos.

Por lo expuesto se puede vislumbrar cuán útil ha de ser para nosotros los españoles aleccionarnos con la experiencia que estos estudios históricos nos proporcionan. El hecho de comprometernos ahora a mediar en los asuntos marroquíes presenta casi los mismos caracteres con que entonces se presentó a los de la nación vecina. Los españoles hemos aprendido bastante poco de nuestra larga historia para acomodar nuestra conducta a las circunstancias nuevas. Hemos pasado ya veinte años metidos en la aventura, aprendiendo con dolorosa experiencia aquello de que pudiéramos enterarnos por experiencia antigua, propia y ajena. Tras muchos sacrificios, mucha sangre y mucho dinero, hemos venido al cabo a parar a situación semejante a aquella en que nos hallábamos en los comienzos.

Como los portugueses de hace cuatro siglos, hemos aprovechado, juntamente con los franceses en su zona, la debilidad de la dinastía reinante en Marruecos y la anarquía casi completa en el Imperio para penetrar pacíficamente en Tetuán, Larache y Alcázarquivir, hecho cuyas inevitables consecuencias habían de ser el desacreditar totalmente a aquellos moros prestigiosos de quienes teníamos que servirnos. No fuimos capaces de sujetar todas las zonas rebeldes y apartadas, y dimos ocasión con nuestros ataques parciales y discontinuos a que se unie-

ran las disgregadas tribus que tradicionalmente estuvieron divididas, provocando en ellas fuerte reacción en favor del más temible enemigo, el cual nos ha obligado a encerrarnos en las plazas fronterizas, en las que permanecemos en actitud defensiva, apelando para imponerles un poco de respeto al sistema de las almogavarias y a una lucha salvaje impuesta por el carácter del enemigo.

Confieso que alguna vez, meditando acerca de la diferencia del espíritu guerrero español de los siglos XV y XVI, aventurero y conquistador, con el siglo XIX, enervado y flojo, creíamos explicarnos esa falta de energía o ineficacia guerrera, por las luchas fratricidas, guerras civiles, peninsulares y coloniales, que mantuvimos durante ese siglo; luchas capaces por sí solas de enervar totalmente el espíritu nacional; e imaginé que podría ser un tónico o revulsivo fuerte el emprender la guerra, tradicional en la Península, contra el moro. Pero ahora he cambiado ya de opinión: la empresa a que nos hemos lanzado, tal como hasta ahora la conducimos, sin suficiente preparación, la considero como escuela de guerra sólo a propósito para derrochar inútilmente heroísmos aislados, individuales, sin ejemplaridad alguna colectiva. Escuela carísima en hombres y dineros, que únicamente sirve para unir y dar cohesión al enemigo y desmenuzar y dividir nuestros elementos organizados.

Lucha salvaje de destrucción y de robo, con la que se logran amistades fingidas y subordinaciones forzadas, que se convierten en deslealtades y traiciones a la primera ocasión propicia.

Es posible que las circunstancias sean al presente más favorables que las del siglo XVI. No existen los corsarios europeos, ni los de Tetuán y de Salé; la marina marroquí tampoco existe; el bloqueo se podrá quizá establecer en forma rigurosa, a fin de que los moros no se provean de armas potentes que los igualen con nosotros en el combate; pero aun así no deben desdeñarse las lecciones de la experiencia. La lectura de la *Historia de Arcila* debería divulgarse entre los oficiales que sirven en Marruecos. Hay cien pormenores que parecen minucias y cuentos, que pueden servir de enseñanza. Voy a poner un solo ejemplo.

Para castigar actualmente a poblados rebeldes que molestan

a los puestos avanzados, nuestras tropas a la continua hacen incursiones en país enemigo. En la salida o ataque apenas suelen ocurrir graves incidentes: en la retirada, a la vuelta, es donde está lo más peligroso. Salir de nuestras posiciones de madrugada para volver a la caída de la tarde, retirándose al anochecer, ha sido casi siempre una falta de precaución a que se deben reiterados desastres.

Veamos lo que hacían los portugueses de Arcila. La salida en incursión de almogavaría era siempre al anochecer, para realizar la andata en plena oscuridad y silencio durante la noche y caer sobre el poblado o la tribu unas horas antes de que amaneciese; les pillaban en las chozas a lo mejor del sueño. Cuando venía la luz del alba el poblado había ardido ya, y los pobladores y el ganado, prisioneros, estaban en ruta en dirección de Arcila. Cuando al despertar de los poblados moros vecinos se tocaba a rebato y venían a reunirse bastantes enemigos para ser temibles, las tropas portuguesas habían dejado ya atrás los lugares peligrosos.

Los moros de ahora son idénticos a los moros de hace cuatrocientos años. El que los haya conocido entonces los puede conocer ahora, porque no han variado.

Felicitemos a la Academia de Ciencias de Lisboa por haber llevado a efecto tan interesante publicación.

JULIÁN RIBERA.